



Relatos de la “*Sīrat al-thāhir Baïbars*”



X – El juicio al monje maldito

33 – El León del Horán salda sus cuentas

Edición y traducción para www.archivodelafrontera.com
esmeralda.deluis@hotmail.com

Colección: Clásicos Mínimos
Fecha de Publicación: 2022
Número de páginas: 6
I.S.B.N. 978-84-690-5859-6

Archivo de la Frontera: Banco de recursos históricos.
Más documentos disponibles en www.archivodelafrontera.com



Licencia Reconocimiento – No Comercial 3.0 Unported.

El material creado por un artista puede ser distribuido, copiado y exhibido por terceros si se muestra en los créditos. No se puede obtener ningún beneficio comercial.

El *Archivo de la Frontera* es un proyecto de la Fundación **Centro Europeo para la Difusión de las Ciencias Sociales (CEDCS)**, bajo la dirección del Dr. Emilio Sola.

www.cedcs.org
info@cedcs.eu

X. 33 – El León del Horân salda sus cuentas



En cuanto a la gente de Masyât, esto es lo que les sucedió: Una hora después de que Kamel hubiera sido conducido hasta la cámara nupcial, Zînat El-Husûn – así se llamaba la madre de Nâfileh – entró en la habitación de su hija para asegurarse de que todo había ido bien. Al descubrir que la recién casada había desaparecido, y el marido estaba hecho un espantapájaros, sintió que se le helaba la sangre y su corazón dejaba de palpitar. Aterrorizada, corrió a toda prisa hasta la sala en la que estaban reunidos los hombres para avisarles; pero, un espectáculo aún más aterrador que el anterior la esperaba allí: todos ellos

yacían en el suelo, con media barba y medio mostacho, y colocados en fila, de modo que la cara de uno estaba contra el culo de su vecino. Ante tal panorama, comenzó a gritar como una posesa, alertando a algunos hombres de la ciudadela que habían escapado a los influjos del *benj*.

– Pero ¿qué pasa aquí? –preguntaron cuando acudieron a todo correr.

– ¡Venid a ver lo que nos ha sucedido! ¡Es demasiado espantoso! –gimió la mujer.

Los hombres entraron en la sala y, al darse cuenta en el acto de que Shâhîn y los demás se encontraban bajo los efectos del *benj*, lo primero que hicieron fue administrarles un antídoto. Entonces, se despertaron, se sentaron... y comprendieron, al mirarse unos a otros, la magnitud del desastre.

– A ver, vosotros, ¿podéis decirnos qué ha sucedido? ¿Quién nos ha afeitado la barba y el mostacho?

A fuerza de dar vueltas por todas partes y registrar todos los rincones, por fin se percataron del mensaje que Ibrahim había clavado en la puerta, y que una corriente de aire balanceaba. Lo cogieron de inmediato y leyeron lo siguiente:

“Advertencia a la población: nunca hay que fiarse de las apariencias... Palabra de aventurero; sabed vosotros, gentes de Masyât, y tú Shâhîn, experto en falsos testimonios, que quien os ha infligido esta afrenta, y os ha ridiculizado de esta forma, no es, ni más, ni menos, que el León de Ezraa y del Horân, el valeroso capitán Ibrahim, héroe de la batalla de Angobar. Yo soy el que se ha llevado a Nâfileh y el que os ha dejado sin barba y sin bigote, y si he perdonado a Shâhîn, ha sido únicamente por respeto a sus canas.

En este momento, os estoy esperando al pie de la ciudadela, y no me moveré de aquí hasta haberos dado el castigo que os merecéis, para que así no vayáis a decir que he salido huyendo. Si sois hombres dignos de este nombre, y si os preocupa en algo vuestro honor, venid a luchar conmigo. Ya me extrañaría que llegais a robarme de nuevo a Nâfileh; aunque siempre podéis intentarlo... En cuanto a mí, si el Creador –exaltado y glorificado sea– me da fuerzas, estoy decidido a ponerlos en fuga como a sucias ratas.

No hay saludos para los que faltan a su palabra.”

¡Al comprender el contenido de esa nota, creyeron que la tierra se abría bajo sus pies y se los tragaba vivos! Empujándose unos a otros, todos se precipitaron atropelladamente hacia la cámara nupcial, en donde encontraron al joven recién casado dormido y afeitado a medias. Le dieron rápidamente el antídoto, y éste, dando un fuerte estornudo, farfulló:

– “Yo doy testimonio¹”... ¡Escucha bien, Nâfileh, no olvides que yo soy Kamel, hijo de Adel, el pachá de Hama! ¡Y ahora, te vas a enterar de lo que es bueno, cuando te caliente las costillas!

En ese momento, volvió en sí y se encontró, a un tiempo, privado de su esposa y de las mitades opuestas de su barba y su bigote; además de rodeado de los hombres de la ciudadela, rasurados tan grotescamente como él mismo.

– ¡No puede ser! ¡Debo estar dormido todavía! –barbotó– ¡Puah! ¡Dios maldiga esta horrorosa pesadilla!

– ¡Eh, Kamel, no nos vengas ahora con el cuento de las pesadillas! –le gritaron los demás– ¡Vamos, despierta! ¡Se nos ha caído el cielo en la cabeza!

Entonces, le contaron lo que había pasado; mientras tanto, el rumor de las azañas de Ibrahim se había extendido por la ciudadela, sumiendo a todo el mundo en el terror y la consternación, como los saltamontes cuando oyen el canto del estornino. Shâhîn se sentó en el gran salón, rodeado de su hijo y de sus hombres; pasando el resto de la noche cavilando sobre la situación. Al amanecer, se cubrieron todos la cara hasta casi la asfixia y se colocaron

¹ Lo que sigue, debería ser: “...de que no hay más dios que Dios y de que Muhammad es Su profeta”. Pero Kamel, al parecer, andaba demasiado impaciente por gustar de las delicias de su esposa, como para terminar la jaculatoria.

sus armaduras; luego, montaron en sus cabalgaduras y bajaron hasta la explanada que se extendía ante la ciudadela.

El capitán Ibrahim les estaba esperando, montado sobre su alazán de Saljad, más recio y firme que una roca o una torre de acero. Nâfileh estaba de pie, a su lado, bajo la atención vigilante de Ali Ibn El-Shayyâh. Ante ese panorama, los hombres de Masyât lanzaron un grito de desafío.

– Ale, hijo mío –le animó Shâhîn a Kamel–, es hora de que liberes a tu esposa, y ¡es ahora o nunca cuando podrás demostrarnos tu valor! Además, no creas que Ibrahim sea ahora un enemigo al que temer: después de las heridas que ha sufrido, no le queda ni un cuarto de su antigua fuerza...”

Tranquilizado por tan falaces afirmaciones, el joven Kamel avanzó, comenzando por apostrofar a su adversario:

– ¿Cómo, tú, Ibrahim, te permites secuestrar a mi esposa y penetrar en el harén de un hombre respetable? Hoy te has quedado fuera de la Ley del Islam, y, conforme a las cuatro escuelas¹, me es lícito el matarte: de hecho, ¡eso es lo que voy a hacer ahora mismo!

Y desenvainando su sable, picó espuelas en dirección al valiente capitán.

– ¡Pobre perrillo ladrador! –le respondió burlón Ibrahim– Pero ¿tú qué te has creído? ¿De verdad piensas que das la talla para levantar la mano contra Ibrahim hijo de Hasan?

Ibrahim, dicho esto, empuñó su pica, y dándole un ligero golpecillo a Kamel en el peto de la armadura, lo desazonó, mandándole a morder el polvo y dejándole sin sentido; de un salto, Ibrahim se plantó ante él y le ató fuertemente los brazos.

– ¡Maldito seas Ibrahim! –tronó Dawûd el Desenfrenado– ¡Has herido a mi cuñado y raptado a mi hermana! ¡Mejor condenado que deshonorado! –y blandiendo su *shâkriyyeh*, cargó contra Ibrahim.

– ¡Pobre estúpido! –vociferó Paladín de Doncellas– ¿Acaso esperas que yo, Ibrahim hijo de Hasan, me voy a dignar a medirme contigo; el hijo de un cobarde?

Avanzando temerario, recibió el golpe sobre su escudo, luego, agarró a Dawûd por el cuello de su coraza, apretándolo con fuerza, de tal modo que el desgraciado, violáceo y sin aliento, a punto estuvo de rendir su alma al diablo, y perdió el conocimiento; con una ligera sacudida, Ibrahim lo arrancó de la silla de su cabalgadura y lo derribó al suelo, antes de ponerle las ligaduras.

– ¡Ay, qué vergüenza para mis canas! –se lamentó Shâhîn de Masyât– Y vosotros, ¿por qué permanecéis ahí con los brazos cruzados? –prosiguió dirigiéndose a sus hombres. ¿No

¹ Se trata de las cuatro escuelas jurídicas oficialmente reconocidas por el Islam sunní, fundadas, respectivamente en las enseñanzas de los imanes Abû Hanîfa (696-767), Mâlik ibn Ana (710-795), al-Shâfi’i (767-820) e Ibn Hanbal (780-855). En el Derecho Musulmán, la condena de un juicio basado en las cuatro escuelas es de obligado cumplimiento.

os queda ni una pizca de honor ni de lealtad? ¿Basta con que Ibrahim haga acto de presencia para que os volváis unas mujerzuelas? ¡Vamos, bajad a atacarle!

– Eh, capitán, ¡que no estamos tan hartos de la vida! ¡Habría que estar muy loco como para luchar contra el héroe de la batalla de Angobar, el que se ha enfrentado a setenta mil enemigos, consiguiendo él solito rechazarlos! Eso sin contar que los que estamos aquí somos, quien más y quien menos, sus protegidos... ¡No, no estamos obligados a aliarnos contra él, y no tenemos intención alguna de hacerlo! A fin de cuentas, esto es un asunto entre él y tú: ¡arréglatelas tú solo!

– Pero ¿qué hacer? –gimió el viejo capitán– ¡No puedo abandonar así a mi hijo, a mi hija y a mi yerno!

– Pues no tienes más que poner una denuncia ante el rey El-Zâher. Como se suele decir: “El soberano es el sable de los débiles, y la sal de la tierra.” Nosotros, lo que podemos hacer es declarar a tu favor, tal y como habíamos convenido.

– Tenéis razón –reconoció Shâhîn–. No cabe duda; es la mejor solución: ¡si seguimos empeñados en combatir al hijo de Hasan, seguro que no parará hasta hacernos pedacitos él solo!

Mientras tanto, Ibrahim, al ver que sus adversarios habían interrumpido el combate y andaban confabulando entre ellos, aprovechó para abrumarles con unas cuantas pullas:

– ¡Eh, muchachos, no es por molestaros, pero es que estoy aquí, esperándoos! Vamos, vamos, que ahí estáis toda una pandilla de fieros guerreros contra un hombre solo: así que, ¡venid, venid, que, con el permiso de Dios y la intercesión de mi Señor el Jidr, aquí hay leña para todos! Y si entre vosotros hay alguno que tenga algo entre las piernas, y se tenga por hombre, que no se corte, que aquí están Nâfileh, Kamel y Dawûd; ¡no tenéis más que venir a buscarlos!

– Escucha, hijo de Hasan, de sobra sabes que nosotros no damos la talla como para afrontar tus golpes –le respondieron–; así que, llévatelos donde tú quieras; nosotros rendimos las armas. Ahora bien, ¡que sepas que entre nosotros y tú interpondremos la autoridad del sultán y la Ley de Muhammad!

– ¡Os podéis ir a hacer puñetas! ¡Quejaos ante quien os dé la gana, que a mí no me da miedo!

Ante este último desafío, subió a Nâfileh a la grupa de su caballo, y se fue, llevando a Kamel y a Dawûd detrás de él, atados a una larga cadena, y cada vez que pretendían andar más despacio, Ibrahim les golpeaba.



Próximo relato de “El juicio al monje maldito”

X.34 – ¡Menudo espectáculo!